

By Bishop Michael P. Driscoll, M.S.W., D.D.

In union with the bishops of our nation, I wish to add my voice to the ongoing public debate on immigration reform. Recent news stories have highlighted the polarization that the issue of immigration has caused in our nation. In many of these stories, hostility, anger and misinformation seem to trump concern for human rights, human dignity and justice. Fueled by raw emotions and distortions of the truth, the issue of immigration has certainly sparked heated legal, social and national-security debates. In my own travels throughout the state, I have met many good people who hold strong feelings and attitudes about immigration (pro and con). All sides in the debate, however, agree on one thing: Our nation's immigration system is broken, impractical and unjust, and needs to be repaired.

As I follow the debate and listen to pastors and parishioners throughout our diocese, I realize the complexity of the situation and the fact that there are no easy solutions. However, I am also very aware of the human dimension of the debate. On a daily basis, our parishes and social service agencies throughout Idaho and the entire country see the byproducts of current immigration policies – families are separated, workers are exploited, migrants are abused by smugglers, basic human rights are trampled and hundreds of individuals die needlessly in the desert. Because of this reality, I firmly believe that our immigration laws are outdated and no longer capable of addressing the economic realities and security needs of our times.

In the coming months, Congress has a significant opportunity to fashion immigration reforms that are humane and just, while at the same time serving our nation's economic and national security needs. Along with the other bishops in the United States, I believe that any serious immigration reform needs to include the following elements:

- A broad-based, fair and realistic pathway to citizenship for the undocumented of all nationalities
- A reform of our family-based immigration system to allow family members to reunite with loved ones in the United States, thereby preserving the family unit
- A reform of the employment-based immigration system to provide legal pathways for migrants to come and work in a safe, humane and orderly manner
- A restoration of due process protections for immigrants.

For the Catholic Church, immigration is not a political issue, but a fundamental moral issue which impacts human rights, human life and human dignity. Because of this, we implore our national legislators to reform current immigration policy in a way that protects our national security, respects our common humanity and reflects the principles of justice upon which our country was built.

Our position may be at odds with much of the public sentiment expressed today. Yet, we stand firmly with our faith tradition which calls us to protect human life and dignity; to serve the poor, the vulnerable, and the stranger in our midst; and to challenge unjust public policies. The dignity of the human person, the bedrock principle of our Catholic social teaching, must be foremost in our thinking as we address the critical issues surrounding immigration.

From the earliest days, our nation has been a nation of immigrants. Immigrants have been a vital part of the fabric of our country and have made substantial contributions to our economic and social life. Yet today, we find ourselves at a critical juncture regarding our openness to newcomers. As bishop of the Diocese of Boise, I challenge all parishes and individual Catholics to pray for and with all those affected by this crisis, to become educated on the *reality* of immigration in our country, to work for the creation of a just and realistic immigration policy, to recognize Christ in the person of every immigrant, and to proclaim the church's message of hope and welcome in our local communities. All are necessary to dispel the "myths" about immigrants, to achieve a compassionate immigration process in our country and to remain true to the social teachings of our church. Our common faith in Jesus Christ implores us to "*hunger and thirst for justice*" and to "*welcome the strangers*" among us as our neighbors. In light of this Gospel mandate, we can do no less! It is my hope, and that of many other people of faith, that our hearts will become more open to the plight of the immigrant and that our elected federal officials will enact comprehensive reforms which are humane, realistic and responsible.

Por el Obispo Michael P. Driscoll, M.S.W., D.D.

En unión con los Obispos de nuestra nación, deseo añadir mi voz al debate público que sigue sobre la reforma migratoria. Noticias recientes han acentuado la polarización que el tema de inmigración ha causado en nuestra nación. En muchas de estas historias, hostilidad, enojo, e información incorrecta parecen engañar el interés por los derechos humanos. El tema de inmigración ha encendido debates calurosos legales, sociales y sobre la seguridad nacional. En mis propios viajes a lo largo del estado, me he encontrado con mucha gente buena que tiene sentimientos y actitudes fuertes sobre inmigración (a favor y en contra). De cualquier modo, todos están de acuerdo sobre una cosa: que el sistema de inmigración en nuestra nación esta roto, es impractico e injusto y necesita ser arreglado.

Mientras sigo el debate y escucho a los párrocos y feligreses a lo largo de nuestra diócesis, me doy cuenta cual complejo es la situación y también el hecho de que no hay soluciones fáciles. Sin embargo, también estoy conciente de la dimensión humana de este debate. Diariamente, nuestras parroquias y agencias de servicio social a lo largo de Idaho y en todo el país ven las consecuencias de las políticas migratorias actuales – familias son separadas, los trabajadores son explotados, los emigrantes son abusados por los coyotes y contrabandistas, los derechos básicos del ser humano son pisoteados, y cientos de individuos mueren innecesariamente en el desierto. Dada esta realidad, yo creo firmemente que nuestras leyes de inmigración están anticuadas y ya no son capaces de responder a las realidades económicas y a las necesidades de seguridad de nuestros tiempos.

En los próximos meses, el Congreso tiene una oportunidad significativa para moldear reformas migratorias que sean humanas y justas, y al mismo tiempo que sirvan las necesidades económicas y de seguridad nacional. Junto con los otros Obispos en los Estados Unidos, yo creo que cualquier reforma seria de inmigración necesita incluir los siguientes elementos:

- Camino amplio, justo y realista para que los indocumentados de todas nacionalidades puedan obtener la ciudadanía.
- Una reforma de nuestro sistema migratorio basado en familias que permita a miembros de la familia reunirse con sus seres queridos en los Estados Unidos, y de esta manera preservar la unidad familiar.
- Una reforma del sistema migratorio basado en empleo que provea maneras legales para que emigrantes vengan a trabajar de manera segura, humana y ordenada.
- Una restauración de protecciones del proceso debido para inmigrantes.

Para la Iglesia Católica, la inmigración no es un tema político, sino un tema fundamental moral que impacta los derechos humanos, la vida humana, y la dignidad del ser humano. Es por esto, que nosotros imploramos a nuestros legisladores nacionales a reformar las políticas actuales de migración de una manera que proteja nuestra seguridad nacional, respete nuestra humanidad común, y refleje los principios de justicia en la cual nuestro país fue construido.

Nuestra posición puede estar en contra de muchos de los sentimientos que se expresan hoy en día. No obstante, permanecemos firmes en la tradición de nuestra fe que nos llama a proteger la vida y la dignidad humana, a servir a los pobres, los vulnerables y al extranjero entre nosotros, y a retar políticas públicas injustas. La dignidad de la persona humana, el principio que cimienta nuestra Enseñanza Católica Social, debe estar al frente en nuestro pensamiento mientras respondemos los temas críticos alrededor de la inmigración.

Desde los primeros días, nuestra nación ha sido una nación de inmigrantes. Inmigrantes han sido una parte vital del tejido de nuestro país y han hecho contribuciones substanciales a nuestra economía y vida social. A pesar de esto hoy en día nos encontramos en una juntura crítica sobre nuestra apertura a los recién llegados. Como Obispo de la Diócesis de Boise, reto a todas las parroquias e individuos Católicos a orar por y con aquellos afectados por esta crisis, a ser educados en la realidad sobre inmigración en nuestro país, a trabajar para la creación de políticas justas y realistas, a reconocer a Cristo en la persona de cada emigrante, y a proclamar el mensaje de la Iglesia de esperanza y bienvenida en nuestras comunidades locales. Se necesita de todos para disipar los “mitos” sobre inmigrantes, para lograr un proceso migratorio en nuestro país que sea compasivo, y para permanecer verdaderos a las enseñanzas sociales de nuestra Iglesia. Nuestra fe común en Cristo Jesús nos implora a tener “hambre y sed por la justicia” y a “dar la bienvenida a los extranjeros” entre nosotros como nuestros vecinos. En vista de este mandado Evangélico, no podemos hacer menos que esto! Es mi esperanza, y la de muchas otras personas de fe, que nuestros corazones serán cada vez más abiertos a la suplica del emigrante y que nuestros oficiales federales electos establecerán reformas comprensivas que sean humanas, realistas y responsables.